

N PREMIO
NADAL
2017



Media vida

Care Santos

DESTINO



Media
vida

Care
Santos

Media
vida

Care
Santos

Premio Nadal de Novela 2017

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1390

© Care Santos, 2017

© Editorial Planeta, S. A. (2017)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: febrero de 2017

ISBN: 978-84-233-5183-1
Depósito legal: B. 1.281-2017
Impreso por Cayfosa
Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Para Deni Olmedo,
for every single day of my life

Sólo se puede perdonar lo imperdonable

JOAN-CARLES MÈLICH

1950

El juego de las prendas

—¡Entra de una vez o empezaremos sin ti!

Julia se introdujo casi reptando en la tienda hecha con sábanas que sus cuatro compañeras habían levantado entre las camas del dormitorio compartido. La llama de la vela central tembló, como saludándola. Buscó dónde sentarse, y Lolita, que siempre estaba atenta a todo, le hizo un hueco a su lado. Julia acomodó los faldones de su camisón, que en realidad era una vieja y raída combinación de percal de color crudo. Dejó caer la mano como por descuido sobre el agujero que había descubierto a un palmo del dobladillo. Le daba vergüenza: aquella prenda era lo único que tenía para dormir. Sus compañeras, en cambio, llevaban camisones bonitos, de tejidos finos, estampados o de colores, adornados con entredoses y cintas. Ropa de niñas ricas. Lo que ella no era. Trató de apaciguar su respiración mientras las demás la miraban, esperando.

—¡Siempre nos haces lo mismo, tardona! —surró Olga, enfadada—. ¡Es la última vez que te esperamos para comenzar!

Cada vez que Olga regañaba a alguien, ni que

fuera en susurros, su papada temblaba como la gelatina. Aunque a todas les daba risa, no rieron. Estaban imbuidas de aquella solemnidad teatral que exigía el juego. Julia miraba a las demás con el rabillo del ojo. También tenía ganas de reír y tampoco rio.

La papada de Olga volvió a temblar.

—¿Y bien, Julia? ¿Piensas saludar? ¿O ha entrado un perrito?

Aquella frase la había aprendido Olga de las monjas, que en algunas cosas eran para ella una estupenda inspiración.

—Buenas noches —dijo Julia.

Olga endureció más aún su tono para preguntar:

—¿Ya estás lista o tenemos que esperar a que crezca la luna?

—¡No, no! Ya estoy lista.

Olga espetó:

—Luego pensaré si tu retraso merece o no un castigo.

En su defensa saltó Lolita, como siempre. Lolita era la amiga universal, el paño de lágrimas, la confidente, el consuelo generoso de palabras dulces que todas buscaban cuando estaban tristes o tenían problemas. Aunque habló en murmullos, con miedo a ser descubierta, dijo con firmeza:

—Ella no tiene la culpa, Gordi. Seguro que la hermana Antonina no la dejaba marcharse, ¿verdad?

—¡No me llames Gordi! —protestó Olga, y en su entrecejo surgió una arruga rolliza.

—Perdona —balbuceó Lolita.

—Es verdad, la culpa es de la hermana Antonina —se defendió Julia, con timidez, porque ni se atrevía

ni le daba la gana contar todo lo que había hecho desde que ellas, señoritas de pago, terminaron de cenar, se levantaron de la mesa y salieron del comedor. Era sábado, tocaba limpieza a fondo de las mesas y las sillas. Primero recoger los cacharros, fregarlos y secarlos uno a uno. Luego lavar con agua y mucho jabón cada uno de los asientos y los respaldos donde las demás se dejaban caer a diario y abrillantarlo todo con un paño seco hasta dejarlo reluciente. Recoger con una bayeta el agua del suelo, de rodillas, observando las uñas asquerosas que sobresalían de las sandalias y a la vez del hábito de sor Antonina, esperando a que le dijera que lo había hecho bien y que podía marcharse. Su vida era siempre igual. En invierno servía a las niñas de pago. En verano también servía a las monjas. Limpiaba como una autómatas. Acataba órdenes, no se hacía preguntas. Sabía que debía ser así y aún estaba agradecida de que la dejaran estudiar, que era lo que más deseaba en el mundo.

—Está muy feo culpar a las monjas de nada —dijo Olga—, y más tú.

Julia agachó la cabeza, fingiendo una vergüenza que no sentía.

—Déjala ya, Gor... Digo, Olga —intervino de nuevo Lolita—. Venga, empecemos.

Marta y Nina se impacientaban. Se sentaban tres frente a dos. Nina Borrás, Lolita Puncel y Julia Salas a un lado. Las gemelas Viñó —Olga y Marta— al otro. Las gemelas eran iguales en todo —ojos castaños, pelo ondulado, estatura media—, pero Olga triplicaba en volumen a su hermana. Las cinco iban descalzas, daba gusto sentir el frescor de las baldosas

en las plantas de los pies. Hacía un calor sofocante, de finales de julio a orillas del Mediterráneo. Lolita se había soltado la melena. La tenía larga y lacia, de color rubio oscuro, se desparramaba sobre su camisión de florecitas amarillas y le llegaba hasta la cintura. Nina se recogía el pelo en dos coletas. Un peinado un poco infantil para una chica de trece años y medio, pensaban todas, aunque ella no se esforzaba por parecer mayor, tal vez porque se había resignado a ser la pequeña del grupo. Había nacido en diciembre y era la única que aún no había cumplido los catorce ni tenía la regla. A Lolita, en cambio, le había venido a los once y era de febrero. Estaba mucho más desarrollada que las demás y, por supuesto, todas la envidiaban. Tener la menstruación imprimía algo así como un rango, que era mayor a más veteranía. Por supuesto, todas estaban al tanto de estos datos.

La hermana Presentación, una monja nueva, joven y de genio levantisco, obligaba a Lolita a llevar una venda que le comprimiera los pechos y también a ducharse sin quitarse el camisión. Ya le había echado el ojo a Marta, cuyo cuerpo había empezado también a cambiar con mucha rapidez. La hermana Presentación era plana como una tabla, sobrina de un cura y amargada. Se había criado con su tío hasta que comenzó a ser una presencia incómoda y la ingresaron en el convento. Su destino estaba decidido y no parecía gustarle mucho, a juzgar por cómo pagaba con ellas sus rencores y su frustración. Les habría dado lástima si no la hubieran odiado tanto. Por descontento, en cuanto la hermana Presentación se daba la vuelta, se duchaban desnudas. Todas menos Olga.

Olga no consentía en mostrar a nadie su cuerpo deformado. Y cuando alguna le preguntaba por qué no se desnudaba, contestaba: «Yo no soy como vosotras, yo sigo las normas». La ignoraban, satisfechas con que no las delatara (aunque no siempre estaban seguras de que no lo hiciera).

En los meses más calurosos no quedaban en el colegio más internas que ellas, porque todas las demás alumnas se marchaban a sus casas, con sus familias, en cuanto terminaba el curso. Ellas no. Ellas eran, cada una a su manera, la excepción. Niñas sin padres, o con padres tan atareados que preferían mantenerlas a distancia, aunque tuvieran que pagar por ello una pequeña fortuna. Con la excepción de Julia, claro. Julia sólo tenía a las monjas.

La velada de aquella noche tenía un carácter muy extraordinario para las gemelas Viñó. No sólo era 29 de julio, su cumpleaños, sino su última noche en el internado. Esa misma mañana habían recibido una llamada de su madre. Les anunció que iría a recogerlas al día siguiente, junto con su nuevo padrastro, para llevarlas «a casa». Tenían por delante un futuro lleno de misterios y novedades, bien lejos de allí. Con eso era suficiente. «Su padrastro» era un señor feo y calvo al que sólo conocían por una foto. «Su casa» ya no era el tercer piso oscuro de la calle Pérez Galdós donde habían crecido, sino un entresuelo en Laforja casi esquina con Vía Augusta que no sabían imaginar. Olga estaba exultante, le gustaban los cambios, depositaba en ellos todo tipo de esperanzas. Marta no pronunciaba palabra. Escribía en su diario páginas y más páginas, sólo para ella.

—Empecemos con el juramento —dijo, enfática.

Julia simuló una mueca de resignación. Siempre igual: Olga ejercía de maestra de ceremonias perpetua. En teoría, era un cargo rotatorio, pero las chicas siempre la elegían a ella porque tenía una imaginación desbordada y perversa. A nadie se le ocurrían pruebas más enrevesadas ni castigos más terribles. Con Olga como responsable, la emoción estaba garantizada. Además, como era tan gorda, en camisón se daba un aire como de pitonisa de tebeo, que ella acentuaba recogiendo el pelo en un turbante de terciopelo negro constelado de estrellitas brillantes que había tomado prestado de un cajón de la cómoda de su madre.

Las demás llamaban a Olga «la gorda». Por supuesto, siempre a sus espaldas y en voz baja. A la cara, y sólo si estaba de muy buen humor, les toleraba el apelativo cariñoso: «Gordi», aunque no todas lo utilizaban sin malicia. Por norma general, Olga no consentía referencias a su gordura y se comportaba como si no fuera un problema o como si no se hubiera dado cuenta. Sólo por Marta sabían las otras que en realidad su hermana estaba muy acomplexada —«cada vez más», aseguraba— y que por las noches lloraba su mala suerte y maldecía a las delgadas.

—No me extraña que llore —dijo Julia una vez—. Parece una albóndiga.

—Uy, ni se te ocurra decírselo.

Pero se lo dijo. A la primera de cambio. Después de una de las crueldades de Olga, se lo soltó a boca-jarro. Hubo quien se alegró de que por fin alguien plantara cara a la mandona. También quien sonrió disimuladamente cuando Olga se puso colorada del

sofoco y la vergüenza. Antes de ese día, incluso se llevaban bien. Julia robaba para Olga galletas y queso de la despensa de las monjas. Olga le regaló una vez una cinta de raso para que se sujetara el pelo. Pero desde lo de la albóndiga, nada volvió a ser como antes. Se hizo entre ellas cada vez más evidente un encono todavía infantil, pero que ya participaba de las complicaciones de los adultos. A Olga le daban ganas de llorar sólo ver a Julia, que estaba tan canija y delgada como ella no podría estar jamás. En cuanto Olga aparecía, Julia se ponía tensa, a la defensiva, esperando que comenzara a decir barbaridades de las suyas. Por desgracia, la gorda nunca defraudaba sus expectativas.

—¿Jugaremos a «Acción o verdad»? —preguntó Nina, impaciente.

—Todo a su tiempo —dijo Olga—. Aún estamos con el juramento. Agarraos de las manos.

Las manos entrelazadas formaron un óvalo. A imitación de Olga, todas adoptaron un aire de solemnidad.

—Juramos obedecer en todo a la maestra de ceremonias —susurró Olga, con grandeza de sacerdotisa.

—Juramos obedecer en todo a la maestra de ceremonias —repitieron a coro, procurando bajar mucho la voz.

—Juramos decir sólo la verdad.

—Juramos decir sólo la verdad. —Mientras recitaba la letanía, Julia pensó que Olga le daba miedo porque era mala.

—Si no cumplimos las normas, aceptaremos nuestra penitencia, por dura que sea.

—Si no cumplimos las normas...

—Si nos descubren, juramos por Dios guardar el secreto para proteger a nuestras compañeras.

—Si nos descubren, juramos por Dios... —Esta última parte la pronunciaron sobrecogidas, porque jurar por Dios era pecado y porque todas imaginaron la heroica actitud de quien fuera interrogada por las monjas.

—Bien —resolvió Olga, y todas se soltaron de las manos—. Ahora, las prendas. Empiezas tú, Marta. ¿Qué has traído?

Marta dejó en el centro, junto a la vela, su pluma estilográfica, una Parker azul de la que no se separaba desde hacía dos años. Había sido el último regalo que le hizo su padre, antes de morir, con motivo de su duodécimo cumpleaños. Llevaba su nombre grabado en la horquilla. Marta quería ser escritora y aquella pluma era la prueba de que comenzaba a serlo para alguien.

—Tu turno, Nina —prosiguió Olga.

Nina dejó su manoseado libro de quiromancia, un auténtico tesoro para ella, en cuya portada se veía una mano verde sobre un fondo amarillo. Se titulaba *El mapa del destino en la palma de la mano* y era una edición difícil de encontrar, de principios de la guerra, que las monjas consideraban un libro herético. Por eso su propietaria lo escondía de la vista de todos metiéndolo entre la sábana y el colchón, siempre junto a su cabeza. En ese libro desgastado Nina había aprendido la ciencia de leer el futuro, lo cual la convertía en una de las alumnas más populares del colegio. Cobraba caros sus cono-

cimientos: a las amigas, tres reales; a las demás, dos pesetas.

—Lolita, te toca —señaló Olga.

Se unió a la pila el retrato, bastante arrugado, de un hombre joven. Aparentaba unos veinte años y estaba sentado delante de un piano con una partitura en la mano. En el encabezamiento de la partitura se leía «*Fantasía Impromptu*. Chopin». El hombre vestía un traje de chaqueta de color claro, con chaleco a juego. La blancura del cuello almidonado conjuntaba con el extremo del pañuelo que asomaba por el bolsillo superior de la americana. La corbata era tan negra como su pelo, peinado hacia atrás con brillantez. La foto llevaba una leyenda: Gaspar Puncel.

Ninguna hizo preguntas porque todas sabían quién era aquel pianista atildado: su amiga les había hablado mil veces de su padre, a quien asesinaron «los rojos» a comienzos de la guerra. Se dirigía a la boda del heredero de una de las mejores familias de Barcelona, donde habían contratado sus servicios y también los de su madre, que era cantante lírica. Así fue como Lolita quedó huérfana a los pocos meses de vida, sin hermanos mayores, al cuidado de unos tíos que vivían en San Sebastián y que en algún momento, decía, irían a buscarla. No era de extrañar que considerara, como hacían muchos, que los rojos eran los culpables de todo lo malo que ocurría en el mundo.

—Sólo quedas tú, Julia —dijo Olga, para terminar.

Julia vaciló.

—No he traído nada. Voy a buscar mi muñeca de trapo.

—Está prohibido salir —espetó Olga—, ya lo sabes.

—Es que no he tenido tiempo. Déjame ir, no tardaré.

—No. —Olga negaba con la seriedad de un juez y la papada se bamboleaba—. No se pueden infringir las normas.

Julia estudió sus escasas posibilidades. Si tuviera un camisón como los de las demás podría desprenderse de una cinta o un botón, pero en el suyo sólo había agujeros y descosidos.

—¡Ya lo sé! —saltó de pronto—. ¿Un pelo puede ser? Puedo arrancarme uno y...

Ya se llevaba las manos a la media melena negra cuando Olga la detuvo mostrándole una palma de pantocrátor.

—Un pelo no es una verdadera prenda —dijo—. ¿No lo ves? Fíjate qué han dejado las demás. Objetos muy valiosos para ellas, que merecen los riesgos que tendréis que correr para recuperarlos. ¿Quién querría recuperar un pelo?

Julia se vio perdida.

—Yo puedo prestarte algo —se ofreció Lolita.

Olga negó con la cabeza una y otra vez antes de decir:

—Tiene que ser un objeto personal.

—Entonces tendré que dejar de jugar —se compungió Julia.

—Por desgracia, sí —prosiguió la maestra de ceremonias, con la aquiescencia de las demás, excepto Lolita, la única a quien incomodaba la humillación de su compañera—. A menos... —una sonrisa mali-

ciosa iluminó la mirada de Olga— a menos que puedas desprenderte de algo más íntimo.

Julia enrojeció. Las demás se quedaron de piedra. Olga disfrutaba de los efectos de sus palabras. El arte de crear expectativas no tenía secretos para ella.

—¿Más íntimo? —repitió Julia.

—Las bragas —aclaró Olga—. ¿Llevas bragas o tampoco te ha dado tiempo?

Hubo risitas y ojos escandalizados. Cómo se atrevía Olga a llegar tan lejos. Si las monjas supieran lo que estaba pidiendo, la mandarían directa a la capilla y escribirían al arzobispo —que era primo de la madre Rufina— para pedir su excomunión. Sólo Lolita se opuso a aquella idea descabellada.

—¿No te da vergüenza pedirle algo así, Olga? Retíralo. Deja que vaya a buscar una prenda normal.

—¡Ah! ¿Cómo? ¿Tú no crees que las bragas sean una prenda normal, Lolita? ¿Qué usas tú? ¿Enaguas?

Más risitas, esta vez más difíciles de ahogar.

—Lo votaremos a mano alzada —propuso Olga, como si fuera la gran solución—. Levantad la mano quienes estéis a favor de que Julia se quite las bragas y las entregue como prenda.

Silenciando una risilla —es muy difícil reír en voz baja—, Marta y Nina levantaron la mano. Olga las secundó antes de proclamar:

—Somos mayoría. O las bragas, o nada.

—Julia, no hagas caso, están todas de broma —le pidió Lolita a su amiga, con voz de súplica.

Pero Julia, que tenía su orgullo, había decidido aceptar el juego.

—Déjalas, no me importa —respondió, mientras

se revolvía un poco los faldones del camisón, con torpeza, para agarrar la cinturilla de las bragas de algodón, tan bastas como el resto de su atuendo y sujetas con un cordel, porque eran las únicas que tenía y la goma se había roto hacía tiempo.

Un par de ágiles contorsiones y las bragas ya estaban en sus tobillos. Julia las arrojó sobre los pies desnudos de Olga. Ésta las tomó con el índice y el pulgar, frunciendo los labios en una mueca de repugnancia. A alguien se le escapó un «Qué asco». Olga las dejó en el centro, justo al lado de la foto del padre de Lolita porque no habría estado bien ponerlas encima. Anunció:

—Ahora sí podemos comenzar. Por supuesto, yo no pongo prenda —anunció—. La maestra de ceremonias no participa. ¿Estáis preparadas?

Se creó una enorme expectación, como siempre que Olga se disponía a anunciar a qué jugarían esa noche.

El juego se llamaba «Acción o verdad». Si tocaba «Verdad», Olga te hacía una pregunta muy comprometida o muy desagradable del estilo «¿A quién odias más que a nadie en el mundo?», o «¿cuál de los siete pecados capitales es el que más te gustaría cometer?». En teoría no estaba permitido mentir, pero no pasaba nada si ocultabas información. Aunque todo dependía siempre del juicio de la maestra de ceremonias, quien solía considerar que no estabas siendo sincera cuando no decías nada terrible. De modo que el juego consistía en decir cosas impronunciables, de las que sonrojan o te llevan al infierno. Era muy divertido y muy excitante.

Cuando tocaba «Acción», en cambio, la cosa se volvía mucho más arriesgada. Olga tenía unas ocurrencias tremendas: entrar en la zona de clausura y robarle un zapato a una monja; bajar al pozo a mojarse el camisón, caminar enseñando los muslos por delante del cuartucho donde dormía el tonto Vicente... Las chicas se lo tomaban como una experiencia iniciática. Era la única aventura que podían permitirse en aquel lugar aburrido y cinéreo donde ninguna de ellas quería estar.

—¡Hoy jugaremos a «Acción» —proclamó Olga, para añadir enseguida—: ¡Os advierto! La prueba de hoy va a ser muy peligrosa. Por desgracia, ya es demasiado tarde para retirarse del juego. Si no superáis la prueba, o lo hacéis mal, perderéis vuestra prenda. Tal vez mi hermana y yo la consideremos un regalo de cumpleaños. O tal vez de despedida. Ya sabéis que mañana nos marchamos de aquí para nunca volver —anunció, pletórica de felicidad, mientras más de una las envidiaban.

Olga sacó algo de debajo de sus generosas nalgas. Unas tijeritas de bordar doradas, de fina factura, con el mango repujado en bellos motivos vegetales.

—Ésta será el arma del crimen —dijo, esbozando una sonrisa maléfica y bajando aún más la voz—. Son mis tijeras de costura, tened mucho cuidado, no quiero que se pierdan. Las usaréis por turnos. La prueba será la misma para todas. Escuchad con atención porque sólo voy a dar las instrucciones una vez. ¿Entendido?

—Sí —susurraron todas al mismo tiempo, y se acercaron a escucharla, poniendo mucho interés en no perderse los detalles.

La voz de Olga sonó muy grandilocuente.

—Tendréis que entrar en una habitación, cortar un mechón de pelo y volver a salir. Todo en sólo seis minutos, como máximo.

Lolita ahogó un grito y se tapó la boca con la mano. No era la primera vez que Olga les pedía entrar en la zona de clausura, pero nunca había llegado tan lejos. Además, lo que quería era imposible.

—¿Cómo quieres que le cortemos un mechón de pelo a una monja si duermen con las tocas puestas? —preguntó Lolita, aunque todas lo estaban pensando.

—Yo no he dicho que tengáis que entrar en el cuarto de ninguna monja —apuntó Olga, sonriendo, con la papada en vilo—. Eso ya lo hemos hecho muchas veces, no tiene ninguna gracia. —Comenzó a negar con la cabeza.

Otra conmoción colectiva.

—Entonces ¿dónde tenemos que entrar?

—En donde el tonto Vicente.

La sonrisa triunfante de Olga contrastó con la perplejidad y el temor de sus compañeras. ¡Aquello sí que era una verdadera prueba, casi un imposible!

—¿Quieres que entremos en el cuarto del tonto Vicente? ¡Eso tiene que ser pecado! —soltó Marta.

—Cortarle un mechón de pelo a alguien no es pecado, que yo sepa —respondió Olga.

—Pero estar a solas con un hombre en su cuarto, sí lo es.

—Tonterías —zanjó la maestra de ceremonias—. El tonto Vicente no es un hombre de verdad.

Las monjas dejaban que el tonto Vicente durmie-

ra en el cuarto junto a la leñera. Aquel lugar, que despertaba en ellas una curiosidad prohibida, constaba de un camastro arrimado a una pared sucia, una mesita que en realidad era una caja de naranjas rota y una repisa llena de porquerías incomprensibles que el muchacho encontraba por el campo y que le gustaba coleccionar: piñas, piedras, pedazos de cristal, tuercas, botones, bichos muertos y hasta un ratón disecado o tal vez sólo tieso.

El tonto Vicente era otra obra de caridad de las monjas, el único muchacho joven al que las internas podían frecuentar más allá de la familia, una especie de gigantón de pelo oscuro, ojos negros y reacciones imprevisibles. Tenía apenas cinco años más que ellas, recién había cumplido los diecinueve, pero su corpulencia le hacía parecer mayor. Las niñas lo espiaban a escondidas cuando sudaba acarreando leña o cuando se quitaba la camisa para refrescarse en el lavadero del patio. El tonto Vicente habría sido guapo si no fuera tonto, decían las chicas, puede que casi tan guapo como el primo de Lolita, al que sólo conocían por una foto vieja. El primo de Lolita era muy guapo y muy listo, pero era inalcanzable, porque vivía en San Sebastián.

Al tontito las monjas decían que lo encontraron en el torno, cuando en el convento aún había torno, y la hermana tornera era la más vieja de todas, bastante sorda y tan lenta de reflejos que no fue capaz de despabilar a tiempo para ver quién les dejaba aquel regalo tan incómodo. La madre Rufina lo consultó con el párroco y hasta con su primo, el arzobispo, y todos le dijeron que Dios había enviado al desgraciado con

ellas para poner a prueba su bondad y su misericordia y que ahora Dios esperaba que le alimentaran, le educaran y le escondieran del mundo que le había visto nacer distinto a los demás, seguramente en castigo por la vida licenciosa de alguna descarriada. De modo que no les quedó más remedio que aceptar al recién nacido, que en sus rasgos llevaba escrito el estigma de algún pecado que no osaban imaginar.

Le pusieron Vicente en honor del santo fundador de su misión y durante unos cuantos años fue el juguete preferido de las hermanas más jóvenes, que se turnaban para alimentarlo de día y de noche. A su debido tiempo comenzaron a enseñarle las oraciones, las cuatro reglas y el alfabeto. A los seis años le metieron en la clase de párvulas del colegio. Hasta segundo fue más o menos bien, pero se encalló en tercero y ya no hubo forma. Se quedó allí cinco años seguidos, hasta que fue demasiado mayor para estar con las niñas y decidieron apartarlo y dedicarlo a otras cosas. Lo que mejor se le daba aprender eran las oraciones, prueba evidente de que estaba más cerca de Dios que de los hombres. Recitaba el padre-nuestro, el avemaría, el credo, el yo pecador, el salve regina, las bienaventuranzas, los artículos de fe y hasta la novena del acordaos, todo a una velocidad vertiginosa y sin equivocarse jamás. Por la noche su vozarrón resonaba en los vacíos del edificio, tan rápido que apenas se le entendía: «A ti celestial princesa virgen sagrada María yo te ofrezco en este día alma vida y corazón mírame con compasión no me dejes madre mía». Las monjas experimentaban fugaces raptos de orgullo al escucharle. A cambio de tan úti-

les enseñanzas, él pagaba con su trabajo. Limpiaba o arrancaba malas yerbas de la huerta. Ayudaba en misa cuando venía el párroco del pueblo, un hombre chaparrito que tenía que mirar a Vicente desde muy abajo. También acarreaba leña o ayudaba a las hermanas en tareas que requerían más fuerza que maña, siempre con una simpleza risueña que encandilaba.

Más o menos en la misma época en que lo sacaron de clase, que vino a coincidir con la aparición de una primera pelusilla sobre el labio y con los primeros gallos de su voz desafinada, las monjas decidieron relegarlo al cuarto junto a la leñera. No era imaginable que permaneciera cerca de ellas, menos aún de las niñas. Demasiado raro resultaba ya tener a aquel hombre en un colegio de señoritas, ni que fuera obedeciendo órdenes del arzobispo. Vicentín se había convertido, para sorpresa de toda la comunidad, en un hombre enorme, casi un gigante, cuyos pies callosos y velludos sobresalían del camastro donde dormía. En el pueblo, algunos campesinos le llamaban «el retrasado», pero ellas preferían llamarle «el niño». Lo de «el tontito» o «el tonto Vicente» fue cosa de las alumnas mayores, las más crueles. Las monjitas trataban de apartarlo de ellas, porque notaban cómo les miraba las piernas y los pechos, aunque los llevaran escondidos tal y como recomendaba la hermana Presentación. A pesar de todo eso, para las monjas continuaba siendo su juguete, su niño, uno muy especial —y muy suyo— a quien Dios no permitía crecer.

—¿Qué significa que no es un hombre de verdad? —Nina fruncía el entrecejo, confundida—. ¿Quieres decir que no puede...?

Olga negó con la cabeza, muy segura.

—¿Qué pasará si se despierta mientras le estamos tocando? —preguntó Marta—. ¿Y si nos delata a las monjas?

El gerundio —«tocando»— suscitó nuevas risi-llas, por lo pecaminoso.

—Diremos que no es verdad —zanjó Olga—. Las cinco. ¿Qué versión van a creer? ¿La de un pobre retrasado o la de cinco buenas chicas en su sano juicio?

Todas estuvieron de acuerdo en la sensatez del razonamiento.

—No os preocupéis. No se despertará —respondió Julia—. Las monjas le dan pastillas para dormir.

—¿Y tú eso cómo lo sabes? —preguntó Olga.

—Porque a veces les ayudo a prepararlas. Yo sé todo lo que hacen las monjas.

—¿Podemos ir de dos en dos? —intentó Nina.

—No. La prueba es individual —contestó Olga con rotundidad. El silencio subrayó un temor compartido—: ¿Alguna otra pregunta?

Nadie dijo nada.

—Bien, entonces, empezará tú. —Olga señaló a Nina—. Pero antes rezaremos una oración por el éxito de la misión.

El óvalo volvió a formarse y rezaron en susurros un padrenuestro en latín, que parecía más solemne, más adecuado para la ocasión. Con el último amén, Olga entregó a Nina las tijeras de bordar y ésta se levantó y salió de la tienda mientras las demás se agarraban las manos con un trágico aire de mártires y comenzaban una cuenta atrás de segundos.

—Trescientos sesenta, trescientos cincuenta y nueve, trescientos cincuenta y ocho...

Fue un rato angustioso, tenso, excitante. Terminó con el victorioso retorno de Nina cuando aún faltaban cincuenta y ocho segundos. Traía en la mano, esgrimiéndolo como un trofeo, un grueso mechón de cabello áspero y oscuro. Lo acercó a sus compañeras, una por una. Hicieron turnos para tocarlo.

—¿Algo que quieras compartir con nosotras?
—preguntó la maestra de ceremonias.

Por todo informe, la primera heroína de la noche sólo dijo:

—Ronca.

La siguiente fue Lolita, quien recibió las tijeras de manos de su antecesora con gesto tembloroso. Esta vez la aventura fue una decepción: Lolita regresó cuando pronunciaban «ciento cuarenta y dos», pálida y jadeante. Y con las manos vacías.

—No he podido —dijo—. Me da miedo.

—Piénsalo bien —amonestó Olga—. Si no cumples la misión me quedaré con tu prenda. Tal vez te deje recuperarla pagando una penitencia, pero será de las difíciles de verdad. Te concedo un segundo intento pero esta vez tendrá que ser de sólo cinco minutos.

—No. Prefiero pagar la penitencia —resolvió Lolita, volviendo a su lugar.

Las penitencias de Olga también eran temibles, pero no tanto como aquella misión, pensaba Lolita. Podían consistir en tener que salir en pleno invierno sin abrigo al patio durante una semana, o en subir la escalera de las habitaciones de rodillas tres días, o co-

sas por el estilo. Lolita estaba dispuesta a hacer lo que fuera para recuperar la foto de su padre. Lo que fuera menos volver al cuarto del tonto Vicente.

Le tocó el turno a Marta. Olga le entregó las tijeras a su hermana y le deseó suerte. De nuevo comenzó la cuenta atrás, con la misma angustia de la primera vez.

—Trescientos sesenta, trescientos cincuenta y nueve, trescientos cincuenta y ocho...

Estaban llegando a los últimos diez segundos y Marta no había aparecido. Ya todas pensaban que no lo conseguiría, cuando se presentó triunfante con un mechón aún mayor que el de Nina.

—¡Me ha agarrado del camisón! ¡Por poco me muero del susto! —dijo, tal vez para aumentar el mérito de su misión.

—¿En sueños? —preguntó Lolita.

—No lo sé, porque ha sido cuando ya me iba. —Arrugó la nariz y añadió—: Ese sitio donde duermo es asqueroso.

—Pero él no se da cuenta, tonta, ¿no ves que es subnormal? —dijo Nina.

—No puede ser que no se dé cuenta —musitó Marta—. En realidad, nadie debería dormir en un sitio así.

—Eso no es asunto vuestro, sino de las monjas —sentenció Olga, y se volvió hacia su hermana para preguntar, señalando el mechón—: Tienes que dár-melo.

Marta se lo entregó, a regañadientes, y Olga se lo llevó a la nariz y lo olió profundamente, con delección.

—Huele a animal —sentenció, antes de dejarlo en el centro, junto a la vela.

—¿Yo puedo? —preguntó Lolita.

—No. Tú no te lo has ganado —castigó Olga.

Era la vez de Julia. Marta le entregó las tijeras, como antes había hecho Nina con Lolita: la iniciada a la candidata.

—Mucha suerte, Julita —deseó Marta.

—Gracias. —Apenas le salía la voz, sólo podía mirar las tijeras fijamente, como quien de verdad acaba de recibir un arma.

—Te lo han puesto muy difícil, Julia —dijo Olga, superior—. No nos decepciones. Yo también te deseo suerte.

Julia salió de la tienda gateando, con las tijeras en la mano y el corazón en la garganta.

El recuento de segundos empezó otra vez —«trescientos sesenta, trescientos cincuenta y nueve...»—, los pasos descalzos de Julia apenas hicieron ruido al descender la escalera. Ningún gozne chirrió. Todas calcularon que Julia ya había llegado abajo, que estaba dentro, que se acercaba al gigantón dormido —«trescientos veinte, trescientos diecinueve...»— y la imaginaron buscando a tientas su cabellera hirsuta y muriéndose de miedo.

Pareció que esta vez los segundos avanzaban más despacio —«trescientos, doscientos noventa y nueve...»— entre las miradas temerosas de las participantes —«doscientos quince, doscientos catorce...»— y el baile diminuto de la llama, que se contoneaba al ritmo de sus pequeñas respiraciones —«ciento trece, ciento doce...»—, hasta que de pronto comenzaron a

sentir la inquietud del final, como ya habían sentido con Marta —«quince, catorce...»— y escucharon atentamente por si oían regresar los pasos descalzos a toda prisa —«nueve, ocho...»—, pero no se oía absolutamente nada y el tiempo comenzaba a agotarse —«cinco, cuatro...»—, tanto que se resignaron a que ya no había remedio.

—Tres, dos, uno, cero —pronunciaron en un cuchicheo y se quedaron mirando las unas a las otras en absoluto silencio, con las manos unidas, esperando lo que debía ocurrir.

Sintieron una especie de estremecimiento. Olga dijo:

—Julia ha perdido.

No se oía nada. Pasaron diez segundos más. La llama se había quedado completamente quieta. La papada de Olga también.

—Recemos un paternóster por ella —propuso la maestra de ceremonias.

Rezaron un padrenuestro y un avemaría.

—Deberíamos ir a buscarla —dijo Lolita, comenzando a levantarse.

Olga alzó una mano y ordenó:

—¡Quieta! Escuchad. ¿No oís un ruido?

Atendieron otra vez, sin respirar. Primero les llegó un rumor inconcreto. Una perturbación leve de la quietud de la noche. Era más una advertencia que una amenaza, ni siquiera podía considerarse un auténtico ruido. Siguió el golpe seco de una puerta y un gruñido casi animal. Pasaban más de tres minutos del final de la cuenta atrás cuando les llegó con toda nitidez un chasquido, seguido de un montón de co-

sas que caían —¿la colección de objetos asquerosos del tontito?— y de un berrido de Julia, que les heló la sangre. Nunca habían oído nada parecido. Era un grito de dolor, o de terror, o de ambas cosas. Las miradas de expectación se tornaron miradas de angustia. Era ella, Julia, no había duda. Le estaba ocurriendo algo horrible.

—¡Retirada! —ordenó Olga—. ¡Todas a la cama!

En menos de cinco segundos cada sábana volvió a su lugar y la tienda entre las literas desapareció. Olga hizo acopio de prendas y mechones de pelo y lo metió todo en la caja que guardaba bajo su cama. Siguió otro grito desgarrador, que el vacío de la escalera multiplicó, y otro, y un tercero. Ellas estaban ahora muy atareadas en no ser descubiertas. Se metieron en las camas, se cubrieron con las sábanas, cerraron los ojos. Tenían que fingir que dormían, aunque era imposible si no conseguían respirar con normalidad.

Estaban todas acostadas cuando Olga tuvo una de sus ideas geniales. Rescató de la caja bajo su cama las bragas feas y desgastadas de Julia y las arrojó por el hueco de la escalera. No supo dónde cayeron, pero las vio volar un segundo, como una mariposa gigante. Se sintió muy aliviada de no tener que dormir cerca de ellas. Volvió a la cama tan deprisa como sus carnes desbordadas se lo permitieron y permaneció atenta. Todo aquello era como una aventura inesperada.

Siguieron gemidos, ruidos, voces, pasos. No habría sabido decir si eran realidad o sueño o tal vez mitad y mitad. Las chicas oyeron abrirse la puerta que separaba el colegio de la zona de clausura. El so-

nido de los zapatos de las monjas. Dos. Tal vez tres. Una de ellas era la madre Rufina, porque reconocieron su voz aguda y desagradable dando órdenes. Sin atreverse a abrir los ojos sintieron una nueva presencia en su cuarto compartido. Una de las religiosas había entrado a comprobar que todo estuviera en orden. Percibieron el rumor de su hábito, sus pasos amortiguados sobre las baldosas. Unos segundos más tarde les llegó de nuevo la voz de sor Rufina, esta vez desde el cuarto del tontito, que decía:

—Sacad de ahí al niño y que le dé un poco el aire.

Y la voz de la hermana Antonina:

—He encontrado esto en la escalera.

Y sor Rufina otra vez:

—Preguntadle a Julia si son suyas.

Sólo Olga podía imaginar a la monja con las bragas en la mano, buscando a su propietaria. Por un momento, sintió un resquemor de culpabilidad y de compasión, pero lo apartó enseguida con un pensamiento: «Es ella la que ha tardado más de lo debido. No es culpa mía».

A todo este trajín, siguió la calma. Un silencio que parecía el de siempre, animado por los grillos del jardín. Todas se durmieron, agotadas después de un fin de fiesta tan excitante.

Sólo Olga permaneció atenta, escuchando. Quería saber todo lo que estaba ocurriendo, lo que nadie más sabría nunca. Cuando estuvo segura de que todas dormían —sus respiraciones lentas y profundas lo confirmaban— se levantó y salió de nuevo al pasillo. Se situó cerca de la escalera, en un recodo. Primero apoyó la espalda contra las baldosas. Luego se dejó

resbalar hasta el suelo, y allí permaneció, acechando, tanto rato que se le durmieron las piernas.

Escuchó sobrecogida los hipidos de Julia, que a ratos eran muy fuertes. El ajetreo de pasos que llegaba del piso inferior. La voz estridente de la madre Rufina y sus palabras aceradas.

—¡Deja de exagerar y levántate! Seguro que puedes caminar, no quieras darme lástima. A mí las chicas como tú no me conmueven, que lo sepas. Limpíate, por Dios, estás hecha un asco. Escúchame bien. Vas a contarme ahora mismo, sin omitir un solo detalle, lo que ha pasado aquí. Y, sobre todo, vas a decirme qué hacías tú a estas horas en el cuarto de Vicentín. ¡Y sin bragas, Virgen Santísima!

La voz de Julia sonó de nuevo. Seguía hipando. Se calmó un poco pero más tarde volvió a empezar. Esta vez su llanto se mezclaba con un bisbiseo —de varias voces—, tan tenue que no se entendía ni media palabra. De vez en cuando, la superiora interrumpía. A ella sí se la escuchaba bien:

—¿Qué dices? ¡Habla claro! [...] ¡Suénate los mocos! [...] No vuelvas a pronunciar esa palabra. Toda la culpa es tuya, por provocarle. ¿Qué esperabas que ocurriera, si puede saberse?

Olga continuó espiando mucho rato más, durante todo el interrogatorio de la pobre Julia, con un nudo en la garganta. Tenía que asegurarse de que su compañera no las delataba ni decía a qué estaban jugando ni la nombraba como la verdadera inventora del juego. Eso sería una catástrofe. Las monjas dejarían de verla como un modelo de conducta. Se lo dirían a su madre. Dejaría de ser la favorita en todas

partes. Sólo sería «la gorda». No quería ni pensarlo. A pesar de todo, trataba de tranquilizarse. Julia no las delataría. Había hecho un juramento sagrado. Nadie se había atrevido jamás a romper un juramento sagrado.

Se quedó allí hasta muy tarde. Julia no las delató. Olga captó algunos retazos más de conversación. La madre Rufina hablaba ahora más bajo, aunque con idéntica severidad. Daba miedo incluso en la distancia. Le dijo a Julia que no podía quedarse en el colegio, que tendrían que enviarla a otra parte. También le dijo que la mala cizaña hay que arrancarla cuanto antes y apartarla para que no se entremeta en la buena cosecha.

—Has ofendido al cielo muy gravemente, Julia. Mucho más de lo que te imaginas. Te contaré la razón para que entiendas por qué debes pagar por este crimen —dijo la superiora, que después de esto continuó hablando. Pocas palabras. Pero terribles. Olga lo escuchó todo. De principio a fin.

Los sollozos de Julia se hicieron intermitentes para escucharla, pero luego explotaron de nuevo. Olga, sobrecogida, se arrepintió de estar allí. Descubrió en aquel mismo instante que conocer ciertos secretos la ponía en una situación incómoda, que no deseaba. Pensó: «Tal vez no lo he entendido bien». Después de todo, desde donde se encontraba era casi imposible saber lo que ocurría abajo, junto a la leñera. Pensó: «Si nadie sabe que lo sé, es como si no lo supiera». Pensó: «Si he entendido bien, voy a ir al infierno».

Decidió, en su propio beneficio, olvidarlo todo allí mismo. Y se santiguó tres veces, por si acaso.

Volvió muy tarde a la cama, cuando ya estaba aburrida de escuchar y no oír nada. Las monjas no habían subido aún, estaban reunidas en cónclave, rezando el rosario. Sus oraciones eran un zumbido de insectos en mitad de la noche.

Antes de sucumbir al sueño, ya con los ojos cerrados, Olga se acordó de algo: sus tijeras de bordar doradas, con el mango adornado con filigranas vegetales, regalo de su madre. Nunca debería habérselas prestado a nadie. No quería empezar su nueva vida sin ellas.

Por eso su último pensamiento antes de quedarse dormida fue:

«Por favor, Señor, devuélveme mis preciosas tijeritas de bordar».